

Antxon Iturriza

# ANETO. LOS VERANEANTES DE LUCHON

ES mediodía del 11 de agosto de 1869. La escena se repite con frecuencia a estas horas en el centro de Luchon durante los meses de verano: una comitiva formada por varios residentes circunstanciales de la estación termal más concurrida y elegante de los Pirineos desfila entre la doble hilera de árboles del paseo de les Allées d'Etigny camino del valle de la Pique. Les precede un grupo de guías locales vestidos con el elegante uniforme oficial de chaqueta de pana con botones de plata y boina de estilo vasco.

Entre la expectación del resto de los veraneantes, que se conforman con visitar las cascadas del valle de Lys o llegar como mucho al lago de Oo, los expedicionarios pasan frente a los pabellones de las termas y cruzan el parque de Quincoces antes de tomar la ruta del Hospice de France. Son los aspirantes a la gloria de pisar la cumbre del Aneto, le Nethou, según la versión francesa que, desde que confirmara que es la cúspide más elevada de todo el Pirineo, se ha convertido en la atracción de mayor resonancia para el selectivo turismo que concurre todos los veranos a la villa balnearia.

Los aventureros superan, no sin agobios, las lazadas polvorientas del puerto de Benasque para descubrir, ya avanzada la tarde, desde uno de los miradores más espectaculares de los Pirineos, la desazonadora distancia que todavía les separa del su objetivo. Luego, tras un refrigerio en la mísera posada del puerto, emprenden el acercamiento al

cobijo de La Renclusa, donde la tradición manda que debe pasar-se la noche.

Allí no van a encontrar el reposo confortable que necesitan sus cuerpos desmadrados por el esfuerzo. "Era un sencillo cobijo, someramente arreglado: una pared de piedra seca de la altura de un hombre limitaba una superficie exigua de forma rectangular, que servía especialmente para resguardar a las señoras de las miradas indiscretas. Este cercado se llamaba "el salón"..."(1).

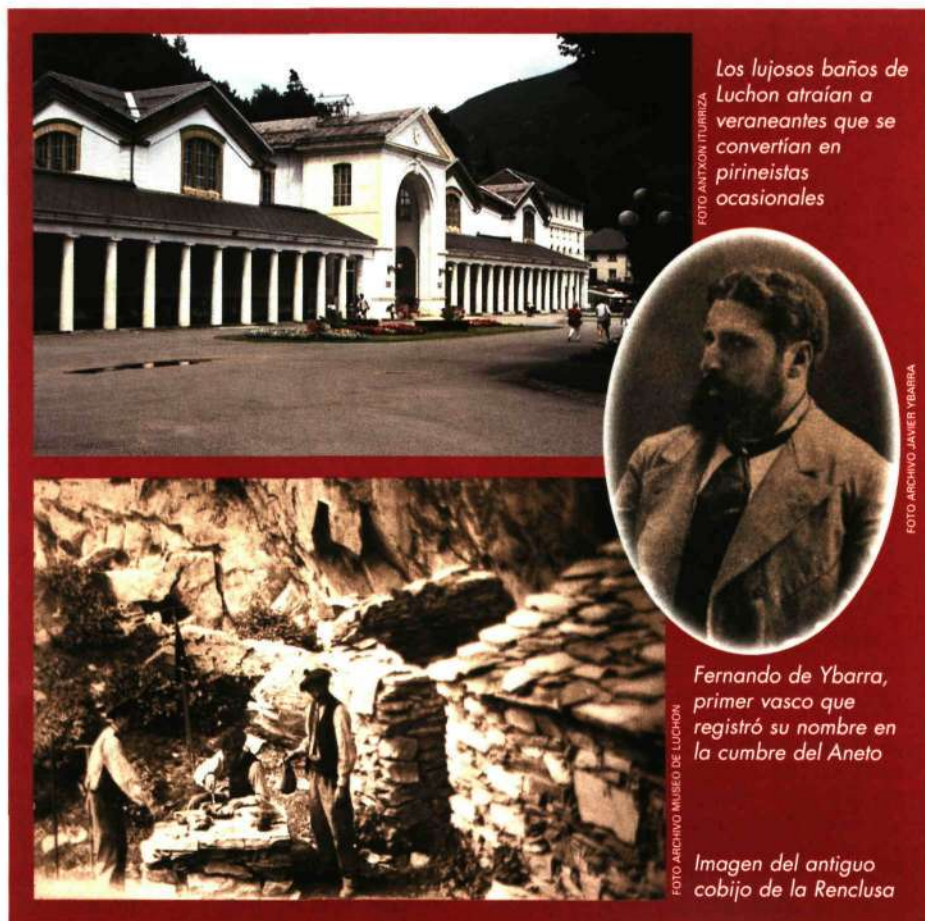
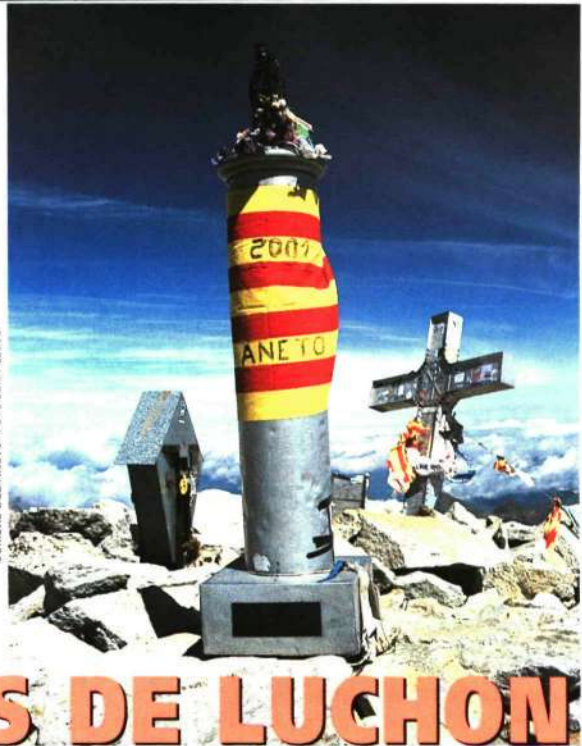
La situación está llena de incomodidades para quienes están acostumbrados a dormir en los lechos de pluma de los hoteles de Luchon. Una hoguera puebla la escena de sombras inquietas, que se proyectan sobre el abrigo renegrido de los bloques de roca.

Los guías charlan animadamente, mientras los clientes quieren dormir y no pueden: el suelo es demasiado duro y las expectativas lo suficientemente inquietantes como para desvelar a los neófitos.

Entre los que se arrebujan en la manta intentando en vano conciliar un sueño imposible se encuentra un vasco, el primero, casi con certeza, que va a intentar el ascenso al Aneto. Se llama Fernando Luis de Ybarra, pertenece a una de las dinastías más influyentes de Bizkaia, y está llamado a ser uno de los pilares del emporio económico minero y naval que iba a surgir en las décadas siguientes en la desembocadura del Nervión. Todavía no

(1) Escudier, J. «El Aneto y sus hombres». p. 92.

CUMBRE DEL ANETO "FOTO LUIS ALEJOS"



Los lujosos baños de Luchon atraían a veraneantes que se convertían en pirineístas ocasionales

FOTO ANTIXON ITURRIZA

Fernando de Ybarra, primer vasco que registró su nombre en la cumbre del Aneto

FOTO ARCHIVO JAVIER YBARRA

Imagen del antiguo cobijo de la Renclusa

FOTO ARCHIVO MUSEO DE LUCHON



ha cumplido 25 años y no pesan sobre él las responsabilidades derivadas de su posición social ni los padecimientos reumáticos que acabarán tempranamente con su vida.

Nunca hasta ahora ha estado rodeado de un entorno tan agresivo como el que se camufla misteriosamente en la oscuridad. Pero en Luchon ningún varón joven podía soslayar, sin dejar en entredicho su arrojo, el desafío implícito que se deslizaba de forma constante en las tertulias vespertinas de las terrazas de los cafés. "¿Usted no va a subir al Nethou?. Dicen que don fulanito ya ha contratado su expedición para la semana próxima. Le podría recomendar un guía de toda confianza...". A renglón seguido, los tertulianos se solazaban abundando en descripciones que magnificaban los peligros de la ascensión: las grietas de los glaciares, que se habían tragado unos años antes al guía Barrau, el vértigo amedrentador del Paso de Mahoma, los fríos y los calores, la fatiga, la falta insoportable de aseo, la rudeza de los guías...

La noche va a ser corta. Todavía está lejano el amanecer cuando Jean Haurillon, uno de los guías que acompaña a Ybarra, le da el aviso de levantarse. Lo mismo hacen el resto de los componentes del grupo. Antes de las tres de la madrugada están todos en marcha.

### ■ EL PUENTE DE MAHOMA

En medio de la penumbra, mientras sesgan por las curvas del camino que lleva a los Portillones, sólo se escucha el sonido silbante de los respiraciones nerviosamente agitadas de los aspirantes a montañeros. Nadie habla. Cada cual rumia sus miedos y sus fatigas. Sólo al llegar a la entalladura del Portillón pueden guías y clientes hacer un alto para encordarse y contemplar la extensión del glaciar teñido ya de rosa por las luces iniciales del alba. Al fondo de los perfiles de la Maladeta, los guías señalan con sus largos bastones la silueta puntiaguda, todavía demasiado lejana, del Aneto.

Encordados unos a otros se adentran en el glaciar. Cuando finalmente llegan al collado de Coronas, la cima se percibe muy próxima, pero saben que todavía les queda por afrontar la prueba decisiva. De nada habrán servido todos los sacrificios si no superan aquella sucesión erizada de bloques que divide de un tajo dos grandes precipicios. Están ante el temido Puente de Mahoma.

La escena que reconstruye Escudier con una indisimulada ironía en su delicioso libro "El Aneto y sus hombres" tiene pocos ribetes heroicos. "Los turistas se han sentado. Los guías les dan ánimos con una sonrisa irónica. No estaban muy favorecidos: el señor conde ha perdido las trabillas de su pantalón; su barba está enmarañada; su sombrero, que voló en el collado de Coronas y que el guía corrió a buscar junto a una grieta, está abollado..." (2).

Ybarra es de los que se deciden a pasar la frontera del miedo. Otros quedan frustrados al borde de una gloria insultantemente cercana. "Un guía se ha adelantado y ha puesto una cuerda tensa a modo de barandilla. Entonces se atreven. Avanzan despacio, izados, empujados, sudando, jadeando, con la mano crispada en la del guía... Las asperezas del granito les desollan, desgarran sus vestidos; el pánico se apodera de ellos; pero el guía está a su lado, atento a sus desfallecimientos. "Un paso más", dice, "y ya llegamos". Y es verdad: un paso más y se dejan caer, anonadados, sobre su conquista..." (3).

Recuperada las cadencias del aliento, tras la intensidad de los últimos momentos de la escalada, Ybarra escribirá en el libro de registro: "12 de agosto 1869. Salimos de la Renclusa a las tres menos cuarto y llegamos a la cima a las ocho y media, después de admirar en el camino un magnífico oso. Mucho calor. Me acompañan los guías Jean Haurillon y Pierre Canteloup. Los recomiendo a todos los viajeros". La misma nota la reproduce después en inglés y francés, haciendo gala de un correcto dominio de ambos idiomas que ha aprendido en sus estancias en Angulema y Bristol. Finalmente, concluye la nota firmando "Fernando L. de Ybarra, Bilbao, España" (4).

Y, cumplido el trámite que le garantizará un lugar en la historia del Aneto, tiene todavía unos instantes para contemplar el panorama de horizontes superpuestos que se extienden en torno a la cima reina de la cordillera y que plasmaba gráficamente una antigua guía pirenaica: "El punto de vista del Aneto es inmenso, ya

que domina todo el Pirineo. Esta gran altitud tiene también su inconveniente: el de minimizar la prestancia de las cimas vecinas y hacerles perder en su beneficio casi toda su belleza. Sin embargo, desde ninguna otra cima se experimenta de forma tan ardiente el deseo de quedarse y no se abandona finalmente sino con tristeza y pesar..."

Pero hay que marchar. Los guías comienzan a apremiar a los pireneistas ocasionales para que inicien el descenso. Les queda toda una jornada de andadura para poder regresar al Luchon antes de oscurecer. Llegarán rotos, con los atuendos desmadejados, pero todos sacarán fuerzas para desfilar dignamente por el centro de Luchon en la llamada "retraite" del Aneto, para que los veraneantes puedan admirar de cerca a los héroes de la montaña. Saben que esa noche en las corrillos que se formen después del concierto, todo el mundo hablará de ellos.

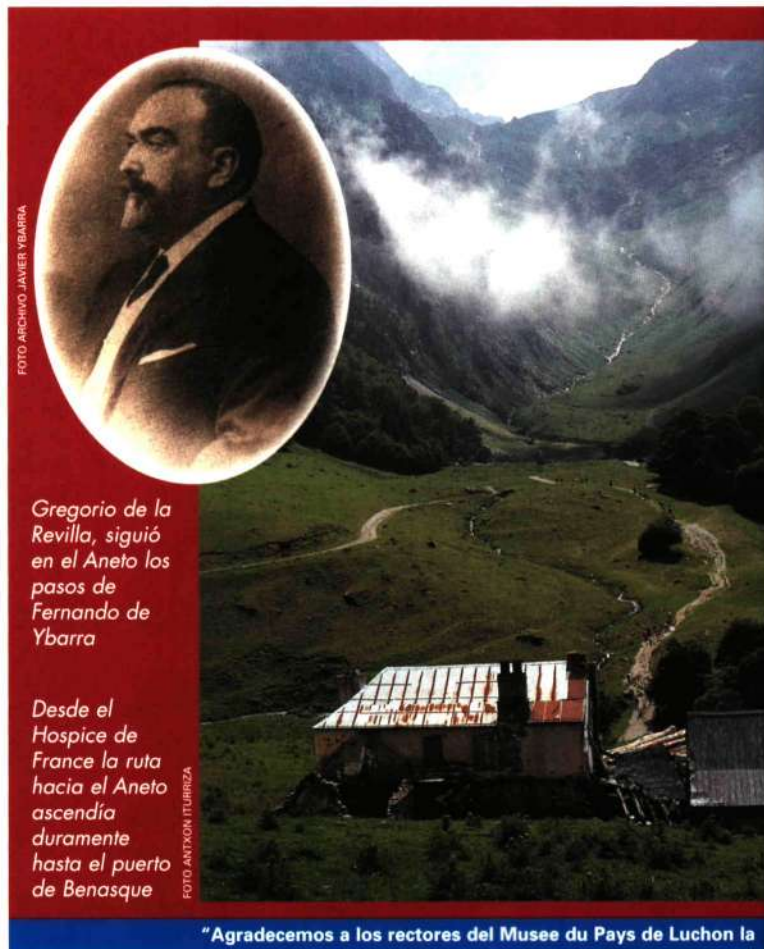


FOTO ARCHIVO JAVIER YBARRA

Gregorio de la Revilla, siguió en el Aneto los pasos de Fernando de Ybarra

Desde el Hospice de France la ruta hacia el Aneto ascendía duramente hasta el puerto de Benasque

FOTO ANTON TUBIRCA

"Agradecemos a los rectores del Musee du Pays de Luchon la

De Fernando Luis de Ybarra, el primer vasco del que se tiene noticia que alcanzó el Aneto, nunca volverá a reseñarse ninguna otra ascensión pirenaica. Su vida breve –iba a morir a los 44 años– se orientó al desempeño de puestos de responsabilidad en la naciente industria de la metalurgia, que daría lugar en 1882 a la sociedad "Altos Hornos y Fábricas de Hierro y Acero de Bilbao", antecesora de "Altos Hornos de Vizcaya, S.A." (5). Ocupó también el cargo de Teniente de Alcalde de Bilbao, organizando las primeras casas-cuna destinadas a recoger a los hijos de los trabajadores en horas laborables, así como otros empeños de marcada orientación social, tales como la creación de centros asistenciales y cajas de pensiones. En las notas necrológicas publicadas en la prensa local, el Marqués de Casa Torre escribió sobre él: "Todo ha concluido y, al perderlo Bilbao, han perdido los pobres y desvalidos su más generoso protector..." (6).

### ■ EL FUTURO ALCALDE DE BILBAO

Si Ybarra no regresó nunca al Aneto, su matrimonio en 1873, cuatro años después de su paso por la cumbre, con María Nicolasa

(5) Ybarra, J. «Nosotros, los Ybarra». Tusquets, Barcelona 2002.

(6) Rujula y de Ochotorena, J. «Los Ybarra y sus enlazados». Cuenca. Imprenta Moderna. 1934.

(2) Escudier, J. Op. cit. p. 93.

(3) Escudier, J. Op. cit. p. 94.

(4) Libro registro de la cima. Museo de Luchon.



de la Revilla Ingunza, llevará a recorrer este mismo camino a un personaje que tendrá con el paso del tiempo un papel relevante en la vida pública de Bilbao y, de forma más tangencial, en la propia gestación de la todavía ni siquiera intuida Federación Vasco Navarra de Alpinismo.

Es el hermano menor de María Nicolasa. Se llama de Gregorio María de la Revilla y cuando en julio de 1880 llega a Luchon, probablemente compartiendo el veraneo con su familia, no tiene nada más que 22 años. Es nacido en Santander, pero con quince años su familia se había trasladado a la capital vizcaina, en la que habían nacido su madre y tres de sus abuelos. Uno de ellos, Santiago Ingunza, había sido alcalde de Bilbao, cargo que él mismo ocuparía años más tarde. Cabe imaginar que los relatos de Fernando de Ybarra en el seno familiar sobre su ascensión al pico más alto de los Pirineos habrían alimentado sus fantasías de

7 menos cuarto de la mañana. Gregorio M<sup>a</sup> de la Revilla, de Santander (España), y los guías Haurillon y Charles, el primero de Luchon y el segundo de St. Mamet" (7).

Cuando en marzo de 1928 en la revista Pyrenaica se le dedique una nota necrológica tras su muerte a los 70 años, Antxon Bandrés hará referencia a este paso de Revilla por el techo de los Pirineos: "Federado fundador, que fue desde sus mocedades asiduo practicante del excursionismo en la montaña; su firma en el pico del Aneto (3404 metros) está archivada en los álbumes de Luchon. Al crearse la Federación, se incorporó a nuestras filas, para mantener y prestar ayuda a su culto a la montaña. Si en su férrea voluntad, en sus sentimientos humanitarios, culto a la verdad y a la justicia, influyeron sus hábitos montañeros, sirvanos de ejemplo su vida para educarnos..." (8).

## ■ UNAS CARICATURAS EN LA CUMBRE

Para entonces, en ese esclarecedor documento que es el libro de cumbre del Aneto, cuyo primer cuaderno mandó depositar el pirineista Toussaint Lézat en 1842 y que fue sustituido por otro en 1868, se habían ya inscrito otros nombres vascos. En una caravana formada por dos alemanes y tres guías que llega a la cumbre el 22 de agosto de 1873, figura una reseña en la que se puede leer "Partimos de la Renclusa a las 3 \_ y llegamos a la cima a las 7 \_ . Hemos contemplado un admirable amanecer en el Portillon; por desgracia, las nubes..." (9). Las firmas son de Alejandro G. de Arriaga y A. de Lopetegi. Hasta este punto el rito de las anotaciones no se difiere entre las consabidas apreciaciones sobre el tiempo y el paisaje, pero en este caso Arriaga aporta unos curiosos dibujos en los que se retrata a él mismo y a dos de los guías que les acompañan: Barrau y Lafont.

Unas páginas más atrás, al pie de la fecha del 28 de julio de 1871, se puede leer la firma de Gaspar de Errazu, sobre cuyo origen no deja plasmado ningún detalle en sus apuntes. Sin embargo, se da la circunstancia singular entre los primeros visitantes vascos del Aneto de que, tres años después, él mismo repetirá la excursión. El 7 de agosto de 1874 su nombre aparece de nuevo en las reseñas del registro cimero, esta vez acompañado de Luis de Errazu, probablemente su hermano.

En 1901, se encuentran en el tercer libro unas frases poco habituales, cuya lectura se interrumpe por las mordeduras de los roedores en el papel: "puñetera vida... mundanal ruido... por los que aquí han subido..." y está sujeta por dos ascensionistas de apellido vasco, Egidazu y Irureta, a quienes acompañaron los guías Augusto y Beltrán Courrege. Otra firma que puede corresponder a un vasco es la estampada el 21 de agosto de 1903, fecha en la que por la cumbre pasó un tal Mendiola, junto a otros tres compañeros circunstanciales. Más clara está la reseña dejada por Federico Echevarría, que visita el Aneto el 31 de agosto de 1904, haciendo constar su origen bilbaíno y su condición social: "Industrial y senador de Vizcaya".

En este repaso por la historia testimonial del Aneto queda un enigma por resolver: nada sabemos de la procedencia de quienes figuran como los primeros ascensionistas españoles. Hacia finales de agosto de 1855, trece años después de la primera escalada absoluta, que compartieron el francés Albert de Franqueville, el ruso Platon de Tehihatcheff y tres guías de Luchon, en los registros de paso por la cumbre se encuentra una escueta inscripción: *Jean Manuel de Harreta & François Manuel de Harreta, guide Michot*. Se da la circunstancia de que uno de estos hermanos vuelve a aparecer, con la misma escasez de datos identificadores entre los ascensionistas del Mont Blanc el 2 de agosto de 1864, como el primer español que pisa la montaña más alta de los Alpes. Para mayor misterio, las hojas del libro de cumbre del Aneto en las que estaban plasmadas las firmas de los dos hermanos han desaparecido.

El origen presumiblemente vasco del apellido haría que L. de Ayarbe lanzara en 1926 en las páginas de la recién nacida revista *Pyrenaica* una pregunta y un desafío: "No habrá alguien que sepa determinar la personalidad y pormenores de este alpinista desconocido, cuya posible ascendencia vasca nos debe alentar a su investigación?". Tres cuartos de siglo más tarde, la interrogante sigue todavía sin despejarse (10).

(7) Libro de registro de la cumbre. Museo de Luchon.

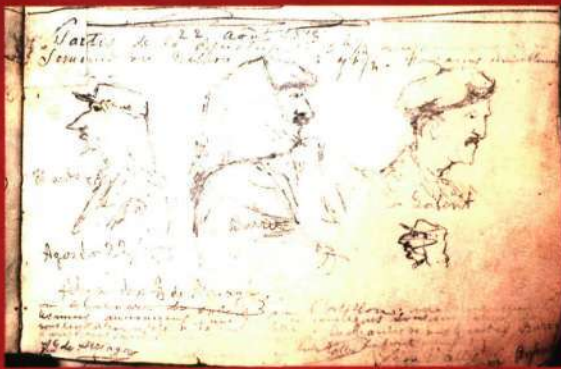
(8) *Pyrenaica* nº 8, 1928, p. 29.

(9) Libro registro de la cumbre. Museo de Luchon.

(10) *Pyrenaica*, 1926, nº 3, p. 69.



Testimonio escrito en castellano, inglés y francés en la cumbre del Aneto por Fernando de Ybarra el 21 de agosto de 1869



Dibujos realizados por Alejandro G. Arriaga en 1873 en el cuaderno de cumbre del Aneto, en la que refleja su rostro y el de sus guías

colaboración prestada para la obtención de los datos contenidos en este artículo".

juventud, incluso mucho antes de que pudiera concebir la idea de emular él mismo la aventura que su cuñado había vivido años antes en las cumbres pirenaicas.

Pero ahora estaba allí, en el aristocrático Luchon, y todos los paisajes y escenas de montañas hasta entonces sólo imaginadas, tomaban vida en unas calles por las que seguían transitando, siempre a mediodía, las caravanas de guías y excursionistas en ruta hacia el Aneto. Él también lo va a intentar. Escucha los consejos de su cuñado y las llamadas a la prudencia de su hermana y el 23 de julio, Gregorio María es uno más de los integrantes de la comitiva que ese día, con el ritual acostumbrado, se encamina hacia el Hospice de France. Le acompaña, como no podía ser de otra forma, Jean Haurillon, el veterano guía de Luchon que había apoyado el ascenso de Ybarra once años antes.

Ningún detalle ha trascendido sobre la ascensión de quien con sólo 33 años, será nombrado alcalde del ayuntamiento de Bilbao. Con toda probabilidad no ocurriría nada reseñable que se aparte de las secuencias tantas veces repetidas en el itinerario de los turistas entre Luchon y el Aneto. Únicamente queda la constancia de su paso por la cima, en cuyo libro de registro anota: "24 de julio de 1880. Salimos de la Renclusa a las 3 horas 20 minutos de la madrugada y llegamos al Pico de Nethou a las